

OBRAS PARA PIANO DE
MOMPOU Y MONTSALVATGE



Compositor: Mompou, F.
Título: Piano Music
Discográfica: Naxos 2010
Intérpretes: Jordi Masó (piano) y acompañantes (Marc Oliu, violín; Joan-Antoni Pich, cello; Marisa Ruiz Magaldi, piano).



Compositor: Montsalvatge, X.
Título: Piano Music • 1
Discográfica: Naxos 2010
Intérpretes: Jordi Masó (piano) y Granollers Chamber Orchestra (dirección, Francesc Guillén)

El pianista **Jordi Masó**, junto a la discográfica Naxos, nos da la oportunidad inestimable de poner sobre la mesa la ingente labor de dos compositores españoles del siglo XX, Frederic Mompou y Xavier Montsalvatge, ambos de talla reconocida y nacidos bajo la emergencia del panorama catalán, que pueden ser considerados sin ambages como dos de los músicos más importantes del pasado siglo. Con una vida musical prometedora, el joven pianista Jordi Masó se ha dedicado sobre todo a la música contemporánea, por la cual profesa un especial interés y en la cual ha participado activamente como intérprete en estrenos de composiciones inéditas. Por su parte, en esta obra hace gala no sólo de una interpretación intachable, sino también de una labor en pos de la música española de gran valor, sobre todo si tenemos en cuenta el lamentable desconocimiento que se tiene sobre estos compositores. El primero, **Frederic Mompou i Dancausse**, nacido en 1893 y fallecido en 1987, es precisamente conocido por sus composiciones para piano, instrumento al que dedicó la mayor parte de su producción y con el que su obra alcanzó cotas insospechadas de calidad musical. Como algo inevitable por aquel entonces, debido a la precariedad de la educación española, Mompou estudió en París recomendado a salir del país por el insigne Granados, ciudad que alternaría con la de Barcelona y en la que definiría lo mejor de su estilo, siempre bajo las influencias del impresionismo y las vanguardias parisinas, así como del wagnerismo todavía reciente.





Pero, a ello, Mompou añadiría visos propios del folklore catalán, bajo una atmósfera de corte minimalista con la que lograría crear un estilo propio. Admirador de Gabriel Fauré, este músico de pocas notas y pocas palabras, como

él mismo se definió, pretendía invitarnos con su música a la reflexión solitaria y a la profundidad del silencio. Su música conjuga la simplicidad y la pureza del sonido con la complejidad de aquello que resulta inalcanzable y que, por ello mismo, no puede expresarse con la retórica poco ligera del saber erudito y anquilosado. En una anécdota recordada por Carmen Bravo, ésta contaba cómo Mompou, ante la emoción de una de sus admiradoras que le tildó de “gran compositor”, respondió que más que componer, él descomponía. Se trata en efecto de una música frágil, que invita al reposo, a la tranquilidad, a la placidez; siempre despojada de todo artificio innecesario, pero que participa de la valentía de la modestia y de la sinceridad de quien sabe no poder acercarse demasiado a su anhelado objeto, pero que no quiere por ello renunciar al intento ni presumir de haber poseído lo que, en rigor, no se puede poseer. Si hablamos de debilidad, se trataría sin embargo de una fragilidad plagada de fuerza, cuya pretensión no puede ser más elevada si admitimos que su intención, como afirmó el mismo Mompou, no era más que adentrarse calladamente en las profundidades del alma humana. Pero, ¿es que hay otro modo de adentrarse en el alma? De ahí que escogiera la expresión “música callada” –*descubierta* por San Juan de la Cruz–, para su obra más representativa y como el epítome más certero para definir su estilo. De ahí, también, ese clima musical que siempre nos envuelve y nos recuerda la fluidez de la nostalgia; como esa sonoridad metálica que inunda su obra y que proviene de su niñez, cuando escuchaba sonar las campanas de bronce fabricadas por su abuelo. ¿Y no hay siempre algo de

misterioso en el sonido de una campana, una simplicidad de un solo sonido que, sin embargo, puede evocar los momentos más oscuros y brillantes de la vida y la muerte? Esto es también Mompou: pocos instrumentos, pocas notas, pocas estructuras para conseguir un estilo propio, y a cambio una intuición profunda de lo más concreto y minúsculo, invitándonos a la inmensidad de lo que no puede abarcarse.

En este disco, interpretado magistralmente por el pianista Jordi Masó, y acompañado cuando procede por el violinista Marc Oliu, el cello Joan-Antoni Pich, y la pianista Marisa Ruiz Magaldi, podemos comprobar hasta qué punto el músico catalán consiguió lo que pretendía. Bajo el título de “Piano Music”, esta grabación incluye los trabajos que enumeramos a continuación:

1. *Don Perlimplín* (1955) [33:56 minutos; 14 pistas]

Esta obra constituye una importante composición de música para ballet encargada por el marqués de Cuevas para una comedia de Federico García Lorca. La obra en cuestión lleva el título algo ridículo de “Amor de Don Perlimplín con Belisa en su jardín” y trata sobre la historia de Don Perlimplín y sus extravagantes tretas para embelesar a Belisa. La composición fue estrenada en el Liceu bajo el título “Ballet de Xavier Coll en tres escenas basado en una fábula del siglo XVIII”, para evitar el nombre de un poeta demasiado abyecto para el siempre podrido régimen franquista. Por otra parte, aunque la música fue compuesta junto a Xavier Montsalvatge (compositor del que hablaremos a continuación), debemos subrayar que sólo pertenecen a éste dos partes íntegras, pertenecientes respectivamente a dos danzas (pistas 2 y 11), así como alguna breve ayuda en lo que se refiere a detalles de enlace y orquestación. En cualquier caso, lo que aquí se publica es la versión original para piano, que recoge las ideas musicales más

originales del ballet y nos da una idea nada despreciable del distinguido estilo de Mompou.

2. *Ballet* (1949) [15:03 minutos; 12 pistas]

Bajo el título “Ballet” se recogen doce epigramas musicales para piano, los cuales fueron pensados por Mompou para un libro que incluiría poemas de Permanyer y dibujos de su hermano Josep. En ellos podemos apreciar la concisión que le es característica y reconocer los primeros atisbos de su misticismo posterior, el cual será sobre todo plasmado en su mejor trabajo –publicado diez años después– *Música Callada*.

3. *Glossa sobre ‘Au clair de lune’* (1946) [1:33 minutos]
4. *Romança* (1944) [0:51 minutos]
5. *Moderato expresivo* (1946) [1:00 minutos]
6. *Fantasia sobre ‘Au clair de lune’* (1946) [3:03 minutos]

El primero y el último de estos títulos constituyen dos composiciones de la conocida canción francesa “Au clair de lune”, las cuales fueron compuestas no sólo en el mismo año (1976), sino también en el mismo mes (noviembre). Por otra parte, debemos agradecer a su esposa, Carmen Bravo, haber titulado estas composiciones como “Glossa” y “Fantasía”. En cuanto a la “Romança”, se trata de una maravillosa pieza que no llega a ocupar siquiera un minuto, y que sin embargo goza de una belleza única en la producción de Mompou. La composición fue dedicada a la que sería su mujer, y en ella podemos observar la timidez de la que el músico participó también en vida, como una persona sencilla y de voz siempre queda. En cuanto al “Moderato expresivo”, se trata de una composición, también breve, cuya importancia debió ser alta para el compositor, puesto que después la añadiría

al tercer cuaderno de su obra cumbre, ya citada, *Música Callada*.

7. *Altitud for violin and piano* (1928) [5:46 minutos]
8. *El pont for cello and piano* (1976) [8:41 minutos]
9. *3 Comptines for piano four hands* (1978) [2:54 minutos; 3 pistas]

Por último, el valor e importancia de estas tres últimas composiciones reside en ser las únicas obras de música de cámara que se conservan de Mompou. *Altitud*, compuesta en París y publicada en Barcelona, constituye un diálogo amoroso de gran belleza entre violín y piano. Aunque el violín tiene el protagonismo, todo su valor musical se sustenta, sorprendentemente, en un precioso acompañamiento de piano sin el cual su melodía no sería nada. La simplicidad se pone de manifiesto de nuevo en estas obras, que sin embargo logran crear una armoniosa atmósfera musical, la cual presume de conseguir un carácter cautivador, y por tanto de corte más romántico de lo que en el futuro constituirá su música. A pesar de ello, sigue manteniendo su estilo y, una vez más, nos muestra la gran capacidad de Mompou para hacer, con muy poco, una composición de gran estilo. En cuanto a *El pont*, a pesar de pertenecer al año 1976, mantiene también un cariz romántico y embaucador, que sin embargo ha ganado en complejidad y goza del camino andado de un compositor que ha establecido ya su propio estilo. Lo mismo podría afirmarse de *3 Comptines*, pero con el aditamento de estar ante una obra puramente pianística, y por tanto bajo un instrumento sobre el que Mompou se siente más libre en su creación.

El segundo compositor, el genial **Xavier Montsalvatge**, nació en 1912 y falleció hace sólo unos años, en 2002. Al contrario de lo que ocurría con Frederic Mompou, cuyo grueso compositivo se establece



eminentemente en el piano, la obra de Montsalvatge toca la gran mayoría de los géneros musicales. Esto no impide que lo haga con gran maestría y que podamos pasar, con increíble facilidad, de su producción operística a la orquestal o a la música de cámara sin temor a encontrar grandes diferencias en cuanto a logros artísticos. Sus tres óperas, donde pone de manifiesto un conocimiento exhaustivo de la música vocal, son un logro indiscutible, e instrumentalmente encontramos obras sin desperdicio, tanto para orquesta como para instrumentos poco usuales como la guitarra o el arpa. Por otra parte, quizás su composición más reconocida sea –para orquesta y voz solita– *Cinco canciones negras*. En este sentido, es una pena que ahora debamos ceñirnos al piano. En cuanto a su estilo, éste no participa sólo de las vanguardias musicales europeas (conoció bien el dodecafonismo y tuvo importantes momentos de experimentación) ni siquiera meramente del nacionalismo o postnacionalismo catalán –el cual ha dado, junto al flamenquismo de Falla, tan buenos frutos estilísticos en España–, sino también al carácter de su producción musical conocido como *antillanismo*, el cual incluye y explota los recursos musicales de los timbres y ritmos propios de países como Cuba o República Dominicana. Esto es lo que hace de su estilo algo tan característico y con la capacidad inagotable de estar ofreciéndonos algo nuevo a quienes lo escuchamos. Otro carácter de la música de Montsalvatge es su carácter agradable, de corte impresionista –también presente en Mompou (pensemos, además, que la utilización de un único instrumento, más aún si se trata del piano, es en cierto sentido ideal para exponer los logros de tal movimiento)–, alejado de la experimentación radical en pos de lo que constituiría una música demasiado innovadora y muchas veces, por aquel entonces, pretendidamente ruidosa. A pesar de las experimentaciones rítmicas, que no deja de haber, el colorido prima sobre

cualquier otro tipo de contenido musical, y al compositor no le importa tanto pintar con colores extraños como aprender a utilizar los ya conocidos, haciéndoles expresar sus capacidades esenciales. Lo interesante para ellos, por continuar con la metáfora, no es tanto mostrar un marrón o un verde inusitado, sino más bien mostrar la capacidad brillante del rojo o el amarillo de siempre. Al mismo tiempo, los colores puros se mezclan en la música de forma natural, sin pretender haber hallado colores tan mezclados que desaparezca la naturalidad que les es propia. En otras palabras: el paisaje no importa, sólo importan los colores del paisaje. En esto consiste precisamente la pintura impresionista, que muestra los colores en su pureza y deja el acto de la mezcla como una tarea propia del ojo del espectador. ¿Y acaso si escuchamos atentamente a Mompou y Montsalvatge no obtenemos de ellos una clara muestra de impresionismo, de sonidos que se mezclan sólo en nuestro oído, pero cuya claridad se expresa por separado en la partitura? Esto va precisamente contra la armonía wagneriana, cuyos colores acaban mezclados sin distinción en las grandes producciones dramáticas. Y sin embargo, ¿no debemos en parte a Wagner el haber querido obtener el sonido en su máxima pureza? Entre Wagner y el impresionismo, pero a su vez sin renunciar al folclore y a la sencillez popular, estas obras nos permiten reconocer, junto a sus indiscutibles innovaciones y un estilo propio, una relación íntima con la tradición musical de la que parten. Tanto Mompou como Montsalvatge tienen el privilegio de obsequiarnos una joya muy antigua, pero que ha sido pulida y presentada bajo una visión totalmente innovadora. Al mismo tiempo, ambos habrían conseguido, sin terminar por romper la joya o ahogar sus posibilidades, dotar a sus composiciones de una sinceridad que huye de lo artificioso a favor de la naturalidad: ambos poseen un estilo sencillo que goza de cierta facilidad en la contemplación. De ahí que sus

composiciones gocen de una armoniosa galantería, a pesar de las disonancias y la mezcla de estilos, y que su escucha no sea apenas complicada, ni siquiera para quienes están alejados de la música contemporánea. Y, sin embargo, nos encontramos sin duda ante música contemporánea. En este sentido, sus composiciones quizás nos recuerden a las de un Debussy o un Messiaen –cuyas obras también soportan esa doble cara entre tradición e innovación radical–, pero con el logro adicional de haberles añadido los distintos folklores y haber alcanzado un estilo único que merece ser escuchado con total independencia.

Al mismo tiempo, tenemos aquí una buena oportunidad para comparar a dos músicos de indudable calidad artística, que además convivieron en un periodo de tiempo y en un lugar determinado. Ambos nacidos en Cataluña, uno en Barcelona y el otro en Girona, ambos con influencias similares, Mompou y Montsalvatge nos ofrecen sin embargo miradas distintas. Si el primero nos obsequiaba con un ánimo sosegado y libre de todo tipo de impurezas, a favor de un arte nostálgico y callado, pero profundo y con una atmósfera acogedora; Montsalvatge nos ofrece una música más veloz, con un ánimo algo menos sereno y apacible, desde el cual se consigue una atmósfera más agitada y menos tranquila. Eso no quiere decir, ni mucho menos, que no participe de la tristeza, la nostalgia o la pesantez, pero sí que su producción está provista de una mayor preocupación por la recoger la velocidad, así como por incluir el adorno como factor esencial para conseguir su estilo.

Por otra parte, no es menos cierto que las comparaciones son inevitables. De hecho, alguien podría objetar que tanto Mompou como Montsalvatge saben ser vivaces y tranquilos, que ambos juegan con la simplicidad y la brillantez y saben invitarnos igualmente a la acción y al sobrecogimiento. Sin embargo, debe también admitirse como algo indiscutible

que lo hacen desde perspectivas muy distintas, las cuales pueden ser definidas, aunque sea someramente, de la forma expuesta. El problema en estos casos es que, al ser tan complicado definir por escrito lo que la música concita, hay que tener en cuenta todo el tiempo *de qué* se habla y *cómo* se habla de ello. Si se hace así, el lector sabrá coger estas palabras como lo que es al fin y al cabo toda indicación sobre música: una indicación meramente ostensiva que señala el objeto muy lejanamente con el dedo, pero que no puede coger ese objeto y mostrarlo con más exactitud. ¿Habría quién sea tan terco de mirar sólo el dedo, en vez de dirigir la vista a lo que éste señala?

Pero pasemos a nombrar al menos la producción musical presentada en esta segunda grabación de Naxos cuyo título, esta vez, es “Piano Music · 1”. Ello es debido a que ésta constituye la primera de tres grabaciones que recogen la labor pianística de Montsalvatge. Así pues, las composiciones que corresponden a la presente publicación son las siguientes:

1. *3 Impromptus* (1933) [8: 17 minutos; tres pistas]
2. *Siciliana* (1940) [2:53 minutos]
3. *3 Divertimentos* (1941) [6:34 minutos; tres pistas]
4. *Ritmes* (1942) [3:22 minutos]
5. *Elegia a Ravel* (1945) [2:51 minutos]
6. *Divagación* (1950) [3:04 minutos]
7. *Sonatine pour Yvette* (1961) [9:28 minutos]
8. *Sketch* (1966) [2:29 minutos]
9. *Recóndita Armonia for piano and string orchestra* (1955) [22:04 minutos; cuatro pistas]

Como hemos afirmado al principio, estas obras son interpretadas al piano por Jordi Masó. En todas ellas podemos observar la capacidad de Montsalvatge para explotar las posibilidades tímbricas del piano, siempre desde la perspectiva de la brillantez impresionista, lo cual además puede ser observado con mayor claridad por ser

composiciones dedicadas exclusivamente al piano. Sólo la última de estas composiciones fue compuesta con acompañamiento, el cual es realizado en esta ocasión por la Granollers Chamber Orchestra, dirigida por Francesc Guillén.

Pero todo esto no son sino palabras vagas y orientativas que no pueden hacer justicia al valor musical de sus obras respectivas. Invitamos por ello al lector a realizar lo más importante, y gracias a lo cual estas obras quedarán realmente explicadas: *escucharlas*. Por nuestra parte, agradecemos al pianista Jordi Masó su encomiable trabajo musical, así como su consiguiente esfuerzo intelectual, por haber

querido recuperar, para todos los amantes de la música, un número imprescindible de composiciones inéditas, las cuales no habríamos podido escuchar como merecen sin su magnífica interpretación. A él sobre todo pertenece el honor de haber hecho posible una audición competente y rigurosa de dos grandes compositores que, lamentablemente, no siempre se tienen en cuenta.

Daniel Martín Sáez

Sinfonía Virtual, Nº 16, Julio, 2010